

# La Derecha como Conservadora Revolucionaria<sup>1</sup>

Luis Corvalán Márquez

## INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo intento comprender a la derecha chilena a partir del estudio de su conciencia teórica. En tal línea, me parece percibir que al menos desde 1966 en adelante, con la fundación del Partido Nacional, la conciencia teórica de este sector pasó a estar conformada esencialmente por lo que, siguiendo a Ruiz y Cristi, llamaré conservadurismo revolucionario. Este reemplazó a las visiones liberales y conservadoras en sentido corriente que hasta entonces predominaban en la derecha.

¿Qué es lo que define al conservadurismo revolucionario? Lo que a mi juicio define al conservadurismo revolucionarios es el decisionismo. El concepto pertenece a Carl Schmitt. Según tal autor el decisionismo es el resultado de cierta caracterización de la realidad según la cual se vivirían momentos decisivos, un momento clave en el enfrentamiento entre amigos y enemigos, lo que en el fondo, para ciertos decisionistas, no vendría a ser otra cosa que un enfrentamiento definitivo y total entre el bien y el mal. Para estos, entre ambos polos, en efecto, no habría transacción posible, por lo cual

sólo cabría precipitar el enfrentamiento a través de una decisión salvadora encaminada a restaurar un orden considerado natural e intrínsecamente bueno.

Como lo sostiene Schmitt, para el decisionismo, «el orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma». <sup>2</sup> De allí que -agrega- «la decisión» se libera de todas las trabas normativas y se torna absoluta, en sentido propio». Lo que, en resumen, significaría que ante un caso considerado como excepcional, «el Estado suspende el Derecho por virtud del derecho a la propia conservación». <sup>3</sup>

Esto es lo que, según Schmitt, caracterizaría en general a la filosofía política contra-revolucionaria desde fines del siglo XVIII en adelante. Es decir, «la conciencia de que su época reclama una decisión...». <sup>4</sup> De allí que este supuesto se constituya en el centro de su pensamiento. «Todos, concluye Schmitt, formulan un dilema magno, cuya rigurosidad más suena a dictadura que a coloquio eterno». <sup>5</sup>»

Del concepto de decisionismo se deduce que al conservadurismo revolucionario le es inherente una clara dicotomía.

Por una parte, en efecto, postula la existencia de un bien absoluto —que habitualmente es la nación o la Patria— y por la otra, un mal absoluto, incompatible con la pervivencia de aquel. El mal absoluto, en las formulaciones contemporáneas, suele ser el comunismo internacional, aunque en otros tiempos lo fue la masonería. La incompatibilidad entre el bien absoluto y el mal absoluto lleva a la necesidad de extirpar a éste último mediante cualquier medio, de lo contrario el primero, a través del caos y la disolución, corre un grave riesgo en su existencia misma.

De esta lógica, evidentemente, se sigue cierta radicalidad en los medios. No es extraño entonces que el conservadurismo revolucionario acepte la violencia como algo necesario. Ella, en efecto, en ciertas condiciones se le aparece como el instrumento legítimo indispensable para salvar el absoluto positivo que postula. Habitualmente, para el conservadurismo revolucionario las FFAA son el brazo de la violencia salvadora.

Pues bien, sostendré que la derecha chilena, en el contexto de su crisis de los sesenta en adelante, leyó la realidad nacional en términos decisionistas. A partir de aquí llegó a separarse críticamente de la democracia liberal en tanto que le pareció que esta se constituía el marco natural que incubaba a los factores disociadores de la nación. En virtud de ello, puso de relieve el rol de las FFAA y terminó buscando un golpe militar salvador de la patria, para luego legitimar los 17 años de violencia extrema desde el Estado que advinieron bajo la dictadura castrense.

El decisionismo de la derecha chilena, en todo caso, pese que paradójicamente se autopresenta como expresión del un alma nacional incontaminada por lo extranjero, es tributario del pensamiento conservador revolucionario europeo. En particular alemán y español. Este fue asumido por ciertos historiadores, como Edwards y Eyzaguirre, y otros teóricos, los que proporcionaron determinados marcos ideológicos al pensamiento político de la derecha, la que así desde los sesenta, como se señaló arriba, terminó interpretando el proceso político nacional en términos decisionistas.

Lo anterior aconseja tener cierta visión de lo que podríamos denominar como fuentes «extranjeras» del pensamiento de la derecha. Eso es el objeto de las líneas que siguen.

### **I. ALGUNAS NOTAS SOBRE EL CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO ESPAÑOL Y ALEMÁN**

En primer término propondré una caracterización esquemática de lo que podría denominarse como pensamiento conservador en sentido amplio, para sobre ese trasfondo perfilar ciertos rasgos del decisionismo español y alemán.

Todo indica que el pensamiento conservador es una respuesta específica a la modernidad racionalista. Constituye una crítica a esa modernidad, sin necesariamente ser antimoderno en todos los sentidos. A mi juicio, los rasgos que definen a la esencia de este pensamiento podrían resumirse así:

1. Existe un orden natural, que en el terreno de la cultura se manifiesta en la tradición.

2. Tal orden natural, en el plano social, supondría jerarquías. Y en el orden político, aristocracias meritocráticas.

3. El sustento del orden social y político natural reside en las creencias y en las tradiciones. La erosión de estas implicaría, por tanto, su disolución.

4. Desde estos supuestos el Pensamiento Conservador despliega una radical crítica al liberalismo y al racionalismo moderno. Estos, en efecto, al cuestionar las creencias tradicionales y al someter todo al libre examen de la razón, traerían consigo el nihilismo y la disolución de la tradición y, en consecuencia, del orden natural que se sustenta en ella. Orden que, por lo demás, sería el único posible, en cuyo reemplazo ilusamente pretende el liberalismo construir otro derivado de una razón abstracta y ahistórica.

5. El resultado final de este proceso macro-histórico sería el hundimiento de la auténtica cultura, es decir, del conjunto de valores transmitidos de generación en generación a través de un proceso histórico que ha dado su identidad a cada comunidad nacional.

6. La democracia liberal operaría en esta misma dirección. Ella, al garantizar la libertad de pensamiento y debate, constituiría el marco político del proceso conducente al nihilismo y a la pérdida de identidad de la comunidad nacional. Al asegurar la libertad de asociación, dividiría

artificialmente a la nación en facciones y partidos que expresarían intereses subalternos de caudillos y profesionales de la política que, persiguiendo el poder y las ganancias que creen inherentes a él, manipulan a las multitudes mediante la demagogia. Estas multitudes, provista del arma del voto, adquieren así un lugar preponderante en la vida social y política, la que es opuesta a la ubicación subalterna y obediente que le corresponde en el orden natural.

7. El Estado, mediante el sistema de partidos, es vaciado de un contenido y una misión trascendente y se transforma en un mero botín en manos de una partitocracia necesariamente corrupta y corruptora.

8. La democracia liberal, en fin, al terminar legitimando el relativismo y al incentivar la demagogia, da lugar al apareamiento del anarquismo, el socialismo y el comunismo, los que, por una parte, dividen adicionalmente a la nación al introducir artificialmente la lucha de clases, y por la otra, constituyen la fase final del proceso de disolución de la cultura occidental, evidenciando de tal modo que la democracia liberal, en cuyo seno necesariamente nacen, constituye parte de un proceso de decadencia. Desde esta óptica, por cierto, es concebida como un antivisor.

9. Llegada la fase final de descomposición social, el ala revolucionaria del conservadurismo, es decir, el ala decisionista, postula una reacción salvadora de la cultura, la que no puede llevarse a cabo mediante la democracia liberal, pues esta es en sí misma parte de la enfermedad. Tal salvación ha de ir, pues, por otras vías y deberá ser

total. Por lo mismo, sus medios deben ser radicales, excluyendo transacciones de cualquier tipo. Su meta debe dar lugar, en fin, a la extirpación del mal en sus raíces mismas. En este sentido, el conservadurismo decisionista pone su mira en las FFAA a las que considera como reserva última de la tradición y la nacionalidad.

En el marco descrito, me referiré en primer lugar al conservadurismo español. Podríamos sostener que lo propio de él radica en la identificación de la nacionalidad con la tradición católica y con el pensamiento escolástico y neoescolástico. La modernidad racionalista así como la reivindicación de las libertades de pensamiento, la tolerancia, la diversidad y la democracia política, son vistas por él como medios de destrucción de la esencia católica de la nación y del orden social y político tradicional que le sería propio.

En esta línea cabe mencionar en primer lugar a Juan Donoso Cortés. No ahondaré mayormente en la tesis de este autor según la cual toda cuestión política es primero una cuestión teológica. Me limitaré a señalar que bajo ese supuesto la defensa del libre albedrío, de la libertad moderna, sería antes que nada expresión de la soberbia de la razón que cree poder prescindir de Dios y ser autónoma. Esta tesis racionalista, por tanto, contendría desde ya una implícita afirmación teológica, errónea, por cierto. La expresión política de esta posición teológica es el parlamentarismo y la democracia, que pretende decidir la verdad mediante votaciones y mayorías en lugar de someterse a la palabra de Dios expresada en la Iglesia y la tradición católica.

La autonomía de la razón y la libertad humana desligada de la Iglesia lleva al desorden, que se define como la negación del orden querido por Dios. El mal, por tanto, proviene del libre albedrío, de la libertad humana, de la cual es portadora el liberalismo y el racionalismo.

Por obra de la independencia de la razón eclosionada mediante la difusión del paganismo literario inaugurado con el Renacimiento, del paganismo filosófico generado por la Ilustración, y del paganismo político representado por la democracia liberal, el mal se ha vuelto universal. Su resultado es la revolución liberal primero y la socialista y comunista después.

Tales revoluciones, según este autor, nunca vienen del pueblo, sino de los tribunos y de la propia clase alta en la medida que ha renegado de la tradición y asumido el racionalismo y el liberalismo.

Corrompidos los pueblos por obra de aquellos se hace muy improbable volver al orden natural espontáneamente. De allí que Donoso postule la necesidad de una dictadura conservadora. De lo contrario, a su juicio, dado el grado de disolución alcanzado por la sociedad y la cultura, advendrá la dictadura popular.

Donoso critica al liberalismo como ciego ante estas realidades. Hace lo propio con la burguesía liberal, a la que califica como «clase discutidora», es decir, incapaz de tomar decisiones radicales ante los problemas en curso. Aquí, y en sus tesis sobre la dictadura, se evidencia con toda claridad el decisionismo de Donoso.

A su juicio, los soldados y los sacerdotes han devenido en los medios salvadores de la cultura, mientras que las ideas, y los intelectuales aparecen como los causantes de la ruina de la sociedad. Así puede preguntarse: «¿Qué sería del mundo, que sería de la civilización, que sería de la Europa si no hubiera sacerdotes ni soldados?»<sup>6</sup>; «¿Cuando, señores, cuando ha visto el mundo, sino hoy, que se vaya a la civilización por las armas y a la barbarie por las ideas?»<sup>7</sup>

José Antonio Primo de Rivera, por su parte, no es menos drástico en su crítica a la democracia liberal. Califica al sufragio como una «farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, (que) tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase».<sup>8</sup>

Ante la crisis del país, Primo de Rivera postula la necesidad de una revolución nacional que armonice con la tradición y que supere el cuadro de división interna que presenta la nación española por obra de la democracia liberal y del marxismo.

Esta revolución, sin embargo, ha de representar una voluntad nacional que esté por sobre derechas e izquierdas y exprese a la nación en su unidad, unidad que, a su vez, ha de permitir materializar una comunidad de destino en lo universal. El Estado debe ser, pues, la expresión de esa unidad nacional e impulsor de ese destino.

Como puede verse, en el pensamiento de Primo de Rivera la diversidad política

aparece como un antivalor en la medida que constituiría un factor disgregador de la patria y de su comunidad de destino.

En la perspectiva de la revolución nacional, según Primo de Rivera, el Ejército juegan un papel fundamental. Ello por cuanto, especialmente en un período de crisis y disolución, «guarda las únicas esencias y los únicos usos integralmente reveladores de una permanencia histórica». De allí que, sostiene, «al Ejército le va a corresponder, una vez más, la tarea de reemplazar al Estado inexistente». <sup>9</sup> O sea, al igual como en Donoso Cortés, los militares aparecen aquí como instrumento clave del decisionismo.

Por último, cabe señalar que en reemplazo del sistema de partido y sus divisiones, Primo de Rivera postula la participación de la comunidad nacional en organismos naturales e intermedios, que, aparte de la familia, serían básicamente los gremios y los municipios. Este corporativismo sería, en fin, una barrera contra la omnipotencia estatal, en lo cual se diferenciaría el decisionismo español del fascismo. Ello sin perjuicio de que Primo de Rivera defiende un Estado fuerte.

En tercer lugar, me referiré a Ramiro de Maeztu. A diferencia de los dos anteriores, no me atrevería a calificarlo de conservador revolucionario por cuanto su quehacer se sitúa en el ámbito de las letras españolas manteniéndose lejos de la acción política. No obstante, sus tesis tienen una clara proyección en lo referente a ésta.

No me detendré en todas aquellas ideas que Maeztu comparte con los autores arriba mencionados, como las referentes a

la crítica al liberalismo, a la democracia y al socialismo. Me centraré tan sólo en una tesis que me parece capital, a saber, la referente a la dialéctica entre el ser y el no ser como expresión de la tensión entre lo nacional y lo extranjero.

El ser de la nación, a juicio de Maeztu, viene a constituir algo así como su identidad, la que estaría conformada por una esencia espiritual. Obviamente, para Maeztu tal esencia se vincula con el catolicismo. El no ser es la pérdida de dicha identidad, lo que opera mediante una renuncia a lo propio y una correlativa asunción de lo extraño, de lo extranjero, que constituye el no ser.

Maeztu explica la historia y principalmente la decadencia española desde esta óptica. Los problemas de la nación derivarían, a su juicio, de una admiración por lo extranjero, ocurrida desde el siglo XVIII en adelante, cuando lo francés, que advino con la dinastía borbónica, habría pasado a ser el modelo de la clase dirigente hispana. Desde entonces, señala, «surgió el ideal de convertir a España en otra Francia»<sup>10</sup>. Pero tal desvarío no habría sido exclusivo de la clase dirigente, sino también de la intelectualidad. «Durante dos siglos, agrega Maeztu, los escritores españoles han vivido en su patria como desterrados, leyendo todo el tiempo libros extranjeros».

Este proceso de enajenación nacional lo denomina Maeztu como revolución, el que llevaría ya dos siglos. Lo califica también como expresión de la antipatria en la medida que conformaría una negación de esta.

Obviamente, el liberalismo anglo francés, el parlamentarismo y el racionalismo figuran en esta visión como elementos ajenos y destructores de la identidad nacional y, por tanto, como disolventes de la nación. Como respuesta a ello Maeztu llama a reconstruir la hispanidad recobrando su identidad restaurando una monarquía católica y organizando la sociedad corporativamente.

Lo esencial de este enfoque, en consecuencia, reside en identificar la identidad nacional con ciertas concepciones del mundo y con ciertas fórmulas sociales y políticas, definiendo a las otras como destructoras del ser nacional. La historia de la nación pasa a ser así una especie de drama entre el ser y el no ser, donde algunos personifican la afirmación y otros la negación, lo que implícitamente prefigura la dualidad entre patriotas y antipatriotas. La diversidad, obviamente, aparece en esta visión como disolvente y la democracia una vez más, aparte de extranjera, en la medida que supone una diversidad que da carta de ciudadanía a lo foráneo, aparece como un antivallor.

## II.

En relación al conservadurismo alemán, me referiré exclusivamente a Oswald Spengler. La reflexión que hace este autor sobre la democracia se sitúa sobre un trasfondo macro-histórico en el que destacan tres elementos centrales, a saber:

Primero. La tesis de que la cultura occidental se encuentra en un tránsito que

va desde «el mundo organizado en (los) Estados del siglo XVIII al Imperium Mundi»;<sup>11</sup>

Segundo. Que paralelamente existiera lo que Spengler denomina como revolución de la raza blanca; y

Tercero. Que detrás de esta, y vinculada estrechamente a ella, viene una segunda revolución mundial, que es la de los pueblos de color.

El tema de la democracia lo sitúa Spengler dentro de la revolución de la raza blanca. ¿Cuál es el contenido de esta revolución?. No sería otro que el de la igualación. Esto es, el de la rebelión de los plebeyos en contra de las aristocracias depositarias por naturaleza del poder, la propiedad y la riqueza, las que, a su juicio, serían las premisas de toda alta cultura y refinamiento.

La revolución blanca, según Spengler, aparece en la fase postrera de la cultura occidental, cuando esta deviene en civilización, cuando aparecen las megalópolis que albergan a gigantescas masas de habitantes. La democracia viene a representar a esas multitudes, desprovistas de todo vínculo con la tradición, y a su afán nivelador. Sus líderes provendrían de estratos resentidos de la intelectualidad, de grupos marginales de la propia clase alta e incluso de la Iglesia, que recelan de los felices y exitosos. Su principio, por tanto, es el resentimiento del hombre medio frente a las aristocracias.

La democracia, en consecuencia, constituiría una expresión de la decadencia de la cultura occidental. Es bajo estos supuestos que Spengler puede afirmar que «la

igualdad de derechos (postulada por la democracia) es contraria a la naturaleza, es el signo de degeneración de sociedades envejecidas, y el comienzo de una descomposición imposible de detener».<sup>12</sup>

Ahora bien, en este proceso de decadencia y disolución, señala Spengler, la democracia liberal y el comunismo son parte de un mismo y único movimiento orgánico. El liberalismo, dice, «avanza consecuentemente desde el jacobinismo hacia el bolchevismo. Entre ambos no hay oposición de pensamiento y voluntad. Es la forma temprana y la tardía, el principio y el fin de un solo desenvolvimiento».<sup>13</sup> Más adelante agrega que «el liberalismo es la forma en que se suicida la sociedad enferma».<sup>14</sup>

Spengler, por otra parte, sostiene que la revolución blanca ha dado alas a la revolución de los pueblos de color. Estos habrían perdido el respeto y el temor a la raza blanca desde que esta, con las ideas de democracia e igualdad de derechos, ha renunciado a la creencia en su superioridad. De este modo, se habrían creado las condiciones para la revancha de los pueblos de color, cuya revolución ya estaría en curso.

En el plano político, el contenido de la revolución blanca no sería otro que el debilitamiento del Estado primero y su destrucción después. Ello operaría precisamente por medio de la democracia, que da lugar a gobiernos débiles, a autoridades condicionadas por las presiones de los sindicalistas y los partidos.

Para Spengler el Estado es una unidad para la guerra. Las divisiones internas, inherentes a cualquier democracia, obsta-

culizarían el cumplimiento de esa naturaleza. En este sentido elabora el concepto de «Estado en forma», que constituiría la unidad de todo un pueblo plasmada y representada por el Estado para hacer la guerra. Por lo tanto, desde esta óptica, la democracia, al dividir a la nación en bandos, destruye al Estado en forma y da pie a la decadencia.

Este proceso habría comenzado en occidente durante el siglo XVIII, cuando las propias aristocracias gobernantes empezaron a dudar de la legitimidad de su poder exclusivo, siendo gradualmente ganados para las ideas liberales. Dentro de este proceso de decadencia de la idea de Estado, los Ejércitos, según Spengler, representarían un contrapeso y un pivote para superar la revolución blanca.

Dicha revolución, que ya llevaría dos siglos, no podrá ser vencida mediante soluciones intermedias y transacciones. Mientras estas continúen, será todavía en tiempo de aquella. Su derrota, por el contrario, estará asociada al cesarismo, es decir, a un poder personal apoyado en el ejército. «El cesarismo del futuro —dice Spengler— no se preocupará de convencer, sino que vencerá con las armas»<sup>15</sup> y excluirá a los partidos de los esquemas de poder. «El cesarismo perfecto, señala, es la dictadura, pero no la dictadura de un partido, sino la de un hombre contra todos los partidos, sobre todo contra el propio»<sup>16</sup>. De allí que, a su juicio, sean los ejércitos y no los partidos la forma futura del poder.

Por fin, resuelto lo anterior, el cesarismo triunfante deberá avanzar hacia el gobierno mundial. Este es precisamente el

desafío que tendría la raza céltica germánica la que, luego de la superación de la revolución blanca, estaría en mejores condiciones de cumplirlo exitosamente en virtud de que es la raza de más fuerte voluntad que ha existido en la historia.

En conclusión, la democracia es vista por Spengler como un antivallor en la medida que aparece como destructora de la cultura superior, del orden natural donde una raza de señores, ricos, bellos, felices y sanos, gobiernan. Constituye, por tanto, parte relevante de la decadencia de occidente.

## II. NOTAS SOBRE LA RECEPCIÓN DEL CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO EN CHILE<sup>17</sup>

La recepción del conservadurismo revolucionario alemán y español en Chile quizás haya encontrado en la historiografía su expresión más importante, desde donde influirá en el pensamiento político. Apoyados en los esquemas teóricos de la tradición conservadora española y alemana, en efecto, se han escrito dos de las más difundidas interpretaciones de la historia de Chile. Tales son la de Alberto Edwards, contenida en «La Fronda Aristocrática», y la de Jaime Eyzaguirre, en particular la que figura en «Fisonomía Histórica de Chile».

### 1. ALBERTO EDWARDS Y JAIME EYZAGUIRRE

Edwards, ubicándose en una posición nacionalista autoritaria, asume la visión de Spengler. Articula su hermenéutica de la historia nacional en torno a los conceptos



de Estado en Forma y Decadencia. Chile, a su juicio, bajo el influjo portaleano habría sido el único país de América hispana que, luego de la emancipación, pudo crear en un tiempo muy breve un Estado en forma. Este habría supuesto, según Edwards, la mantención del espíritu tradicional gestado durante la colonia y, por lo mismo, el culto por un régimen de autoridad, el respeto a las jerarquías sociales y el predominio aristocrático.

La decadencia del país habría sobrevenido en razón de un cambio espiritual ocurrido en la aristocracia. Tal habría consistido en la asunción gradual, por parte de ella, de las concepciones liberales. Dichas concepciones, según Edwards, por un lado implicaron una negación de las tradiciones nacionales de origen colonial en que se sustentaba el Estado en forma. Por el otro, habrían permitido la irrupción de las masas mesócratas y populares a la escena nacional a través del voto universal. Premunidas de este instrumento, aquellas se habrían rebelado en contra de la aristocracia en 1918 y 1920, con lo que se habría acentuado la decadencia ya en curso y desarrollado el caos y la anarquía que anteceden la disolución del país.

Como puede verse, para la visión de Edwards, al igual como en la de Spengler, el liberalismo y el proceso de democratización que en nuestro caso le fuera consustancial, vienen aparejado con la decadencia y desintegración nacional.

Pues bien, ¿cuáles habrían sido las alternativas que entonces se le presentaron a la comunidad nacional? A juicio de Edwards, solo dos. O una dictadura militar

que restituyera de facto el mando y la obediencia, o una dictadura popular. Dicho en sus términos: «una dictadura de espada o de gorro frigio». <sup>18</sup> Edwards, obviamente, se pronuncia por la primera. Es decir, siguiendo el esquema spengleriano, este autor, ante el proceso de democratización e irrupción de las multitudes al protagonismo histórico, postula la dictadura de un hombre fuerte, cuya personificación vio en el General Ibáñez, de quien, por lo demás, terminará siendo ministro. He aquí, pues, una definición conservadora revolucionaria clara.

Jaime Eyzaguirre, por su parte, en la línea conservadora hispanófila y siguiendo a Maeztu, visualiza el contenido de la historia de Chile como una antítesis entre lo propio y lo foráneo. Lo propio radicaría en la filiación hispánica del país y en un régimen de orden y autoridad que sería inherente a tal identidad. Lo foráneo estaría relacionado con el racionalismo y liberalismo francés.

La historia de Chile, según Eyzaguirre, consistiría en una especie de drama en el cual los elementos de la identidad nacional luchan por afirmarse frente a lo extranjero, asumido en ciertos momentos de la historia por determinados sectores del mismo país, especialmente por ciertos intelectuales y políticos obnubilados ante las ideas y héroes foráneos. Este esquema de Eyzaguirre, sin dudas, da lugar a clasificar a los chilenos en dos grandes bandos: los defensores de la identidad y del ser del país, y los portadores de su negación. Esta dualidad se podría expresar también en la dicotomía entre patriotas y antipatriotas.

Si bien en Eyzaguirre no hay una definición conservadora revolucionaria explícita, el concebir la historia nacional como un conflicto permanente entre su ser y su no ser, es decir, entre quienes afirman su identidad y quienes la niegan, da pie para una opción decisionista. Ello ante la constatación de que sería posible la disolución del país en la medida en que se diera el predominio de aquellos que son portadores de esquemas foráneos. Esta lógica, sin dudas, aunque no se explicita del todo en el discurso, posee un evidente sesgo conservador revolucionario.

## 2. JORGE PRAT E.

Jorge Prat, especialmente a través de la revista «Estanquero», que se editara entre 1946 y 1954, en un plano más político reasume la visión conservadora revolucionaria. Lleva a cabo, en efecto, una radical crítica a la democracia liberal y en particular a su sistema de partidos bajo el supuesto de que expresarían intereses particulares disolventes del sentido de nacionalidad.

Siguiendo los esquemas europeos clásicos, considera que tal esquema liberal conduciría al país a su desintegración. Chile, en efecto, estaría a punto de «zozobrar en la historia en manos de los mercaderes de la política...»<sup>19</sup> Agrega que existiría una «profunda analogía (entre) el proceso de desintegración que vivió la patria en el tiempo de Portales...» y el presente.<sup>20</sup> Este, en su decadencia, se caracterizaría en lo político, «por los oropeles carnalescos de una democracia afrancesada, tras los falsos visos revolucionarios de un socialismo cómodo

y burocrático y ahora último -añade-...tras las hoces y martillos de una secta internacional antichilena».<sup>21</sup>

En este cuadro, Prat propugna una decisión salvadora. Una nueva construcción portaleana que, rechazando los ideologismos partidistas, ponga en el centro los comunes valores de la nacionalidad. Tal construcción portaleana, sin embargo, ya no tendría como base social a la aristocracia, pues los cambios sociales y económicos han terminado con ella. La base social del nuevo orden ha de estar compuesta más bien por los hombres de trabajo en sentido amplio, que abarcarían desde el empresario emprendedor, al obrero, pasando por la clase media. Es decir, el planteamiento de Prat amplió el espectro sociológico de apoyo para una opción conservadora revolucionaria, adecuando ésta a la irrupción de las masas, propia de los nuevos tiempos.

Sin perjuicio de ello, el sesgo elitista propio del conservadurismo revolucionario se mantuvo. Prat, en efecto, postula el rol insustituible de una vanguardia capaz de liderar a esa base social, de acceder al gobierno y de conformar un poder fuerte, apartidista, de ideario nacionalista, que limite a los partidos a un rol secundario y limitado. Tal poder debería «transformar las bases políticas y sociales de nuestra existencia. Para ello- añade- hay que arrancar la ideología del siglo XIX de los Derechos del Hombre, de la soberanía del pueblo, del sufragio universal y del progreso indefinido; crear una autoridad no sometida a las veleidades partidistas, una estructura social jerárquica, que represente al país que trabaja; una educación, un estilo de vida que

nos dé el sentido de comunidad nacional y una valorización del rol propio de Chile en el mundo.»<sup>22</sup>

En este contexto, Prat subrayaba el rol de los militares. En virtud de ello fue que transcribió en las páginas de Estanquero, «por ser de permanente actualidad e interés», los conceptos sobre la materia de Pedro Ortiz Muñoz, bajo el título «La Misión de las Fuerzas Armadas». El artículo argumentaba el deber de estas de intervenir cuando el orden jurídico fuera sobrepasado, aunque no existiesen manifestaciones violentas de ello.

En resumen, las ideas fuerza que en esta evolución se reiteran y que han descendido ya al plano de la política son: 1) las que critican a la democracia liberal y al régimen de partidos; 2) las que sostienen la existencia de un proceso de decadencia y desintegración nacional por obra de ambos; 3) un decisionismo salvador encarnado en una élite que persigue asumir el poder en nombre de la nación generando un gobierno fuerte que relegue a los partidos a un rol subalterno o incluso los haga desaparecer; y 4) una apelación abierta o velada a las FFAA como instrumentos de ese decisionismo.

Al subrayar estos elementos comunes dentro de lo que he denominado como línea conservadora revolucionaria que crecientemente fue dominando al pensamiento de la derecha, no pretendo, por cierto, sostener la existencia de una homogeneidad plena dentro de él. Las diferencias entre corporativismo y nacionalismo a que hacen mención Ruiz y Cristi constituyen una muestra clara de diferencias internas. Otro

factor diferenciador al respecto gira en torno al problema de si las elites que han de asumir el poder encarnando a la nación son las tradicionales, o bien los militares, o incluso los empresarios y tecnócratas. O, por último, una síntesis de unos y otros. Y, en fin, hay que mencionar también el conflicto entre un nacionalismo que propugna un Estado activo e incluso hasta cierto punto regulador de la economía y las relaciones sociales, versus la visión neoliberal que tiende a absolutizar el rol del mercado.<sup>23</sup>

En consecuencia, subrayar los elementos conservadores revolucionarios y el aumento de su peso específico dentro del pensamiento de la derecha —como he procedido a hacer en el presente texto— no equivale a suponer una homogeneidad plena de su pensamiento ni a restar importancia a los conflictos internos que lo cruzan. Lo que sucede es que el énfasis que deseo marcar, abstrayéndome incluso de otros factores, es precisamente el referente a la persistencia y fortalecimiento de la línea conservadora revolucionaria en la derecha chilena.

### 3. EL PARTIDO NACIONAL

Durante los sesenta el heredero y continuador de los planteamientos conservadores revolucionarios que venían desarrollándose en el seno de la derecha fue principalmente el Partido Nacional, formado en 1966. El gran cambio cualitativo que esto significó radicaba en que la corriente nacionalista autoritaria dejó de ser marginal. Ello en la medida que pasó a ser asumida por la gran mayoría de la derecha chilena

en razón de que esta se sintió amenazada por el proceso de cambios iniciado por el PDC y por el alza de la izquierda y los sujetos populares. El conservadurismo revolucionario era la ideología que mejor se adaptaba a una situación como esa, es decir, que mejor daba cuenta de las necesidades políticas reactivas que este sector experimentaba en tal coyuntura histórica.

El PN, —como lo vimos en el tercer ensayo de la primera parte de este libro—,<sup>24</sup> asumió desde su misma fundación los temas de la decadencia, los de la disolución de la nacionalidad, de la penetración de ideas foráneas, del caos y la anarquía por obra de la acción disolvente de la partitocracia portadora de intereses subalternos y extranjeros, incubadores del «cáncer marxista». Esta lectura de la realidad nacional dio lugar a un decisionismo que tenía como recurso último a las FFAA, concebidas como reserva final de la chilenidad. Como puede verse, todas estas tesis son las típicas del conservadurismo revolucionario, decisionista.

Claro está que el rol disolvente del liberalismo, propio del esquema decisionista europeo, lo ocupa, en el discurso del PN, la DC y la izquierda, cuya prosperidad, en todo caso, habría sido posible en razón de las prácticas demagógicas y politiqueras propias del régimen democrático liberal existente en el país.

Durante el gobierno del Presidente Allende el carácter conservador revolucionario del PN se acentuó, traduciéndose en un rupturismo abierto.<sup>25</sup> Incluso las apelaciones al rol salvador de las FFAA se volvieron explícitas.

En relación a este período hay algo que puede, sin embargo, aparecer como disonante respecto al esquema ideológico y teórico subyacente. A saber, que el discurso antimarxista del PN revestía la forma de una defensa de la democracia. Pero este era un equivoco quizás introducido conscientemente por las cúpulas de la derecha ante los imperativos de cooptar a la DC y galvanizar al país en contra de la UP. Porque lo que en el fondo el PN postulaba era algo muy distinto de la democracia liberal, cuestión que efectivamente llegó a explicitar. Así, Sergio Onofre Jarpa, presidente del partido, en un discurso de diciembre de 1972 sostuvo que una vez derrotada la UP «Chile no volvería a las antiguas formas de decadencia». Ello sería posible mediante una reforma de su régimen político que debía «tener en cuenta la presencia de nuevos factores en el plano de las decisiones políticas».<sup>26</sup> Estos factores eran los gremios y las FFAA. Es decir, la derecha no estaba pensando en la democracia liberal, sino en otras formas de democracia: integrada, orgánica, corporativista, protegida, etc.

#### 4. LA DOCTRINA DE LA SEGURIDAD NACIONAL Y EL CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO

Un hecho de la mayor importancia para el triunfo final de las concepciones conservadoras revolucionarias en Chile fue la recepción de la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) por las FFAA chilenas. Aquella, como es sabido, fue introducida en Hispano América por los EEUU luego de la Segunda Guerra Mundial con el fin de alinear a los militares de la región en el bando

occidental durante la Guerra Fría. Luego, con la revolución cubana, esta doctrina estuvo más enfocada contra el «enemigo interno», —el comunismo, el socialismo, el anarquismo, el sindicalismo, etc.— supuestamente agentes de una potencia extranjera expansionista, la URSS, contraria al ser de la nacionalidad.<sup>27</sup>

La lógica de la DSN coincide a plenitud con la del conservadurismo revolucionario. A los temas de la destrucción de la nacionalidad desde adentro por agentes de una potencia extranjera y los de las FFAA como garantes últimos de la pervivencia de la nación, que le son típicos a ambas visiones, se les sumó, en todo caso, los de la seguridad nacional y el del imperativo de vigilancia que le correspondería a los militares sobre todas las actividades del país en un especie de larvada guerra interna antisubversiva. Como es obvio, el desideratum de la DSN es la dictadura militar.

En el caso chileno, sin embargo, la DSN hasta cierto punto chocaba con las concepciones liberal democráticas predominante en las cúpulas de las FFAA. Tales concepciones no sólo partían del reconocimiento del poder civil y de la no deliberación política, sino de la soberanía popular, la que debía ser irrestrictamente respetada por las instituciones castrenses. En el Ejército tal doctrina encontró su personificación principal en los Generales Schneider y Prats.

Para el conservadurismo revolucionario de la derecha las concepciones liberal democráticas predominante entre los uniformados se transformaron en un obstáculo. Esto se comprenderá fácilmente si se tie-

ne en cuenta que para el conservadurismo revolucionario —como se ha visto más arriba— son precisamente los militares el instrumento del decisionismo. Pero para que esto sea operante, se requiere que las FFAA asuman tal punto de vista. Es decir, que se autoconsideren como las salvadoras de la patria. Y eso era lo que no ocurría.

Tal contradicción se puso particularmente de manifiesto en la coyuntura de septiembre-noviembre de 1970, cuando se intentó impedir el ascenso de Salvador Allende a la presidencia. En esa coyuntura el mando del General René Schneider, con su doctrina liberal democrática, impedía la cooptación de las FFAA para un desenlace decisionista. La opción de la extrema derecha consistió entonces en deshacerse del militar, lo que terminó con su asesinato a fines de octubre. Su sucesor, Carlos Prats, —quien tres años y medio más tarde también correría la misma suerte y por los mismos motivos—, reafirmó, sin embargo, igual doctrina.

Entre 1970 y 1973, la derecha, acaudillando un amplio movimiento social constituido por la pequeña burguesía, el gran empresariado y ciertas capas medias, presionó fuertemente a los uniformados para que se pasaran a posiciones decisionistas y abandonarían la doctrina liberal democrática.<sup>28</sup> En función de ello se empeñó enérgicamente en caotizar la situación del país y en generar una situación de miedo e incertidumbre generalizada. Todo ello en gran medida dirigido a los efectos de convencer a los militares de que el país se encontraba en el proceso de disolución que la ideología decisionista postulaba. No es menos cier-

to que la izquierda radical hizo una invaluable contribución a tales propósitos.

Cuando la derecha no pudo cooptar a los mandos, en particular del Ejército, se esforzó por aislarlos y desplazarlos. La cuestión finalmente se resolvió en agosto de 1973, cuando la cúpula del Ejército quedó en manos de decisionistas. A los quince días se produjo el golpe, el que fue presentado por sus ejecutores, —según la ideología ortodoxa del conservadurismo revolucionario que venía difundándose en el país por decenios—, como la decisión salvadora que detendría al proceso de disolución nacional en curso.

De este modo se resolvió la contradicción entre la DSN y la doctrina liberal democrática existente al interior de las FFAA. Se inauguró así una dictadura de la Seguridad Nacional, que amalgamaba sus motivaciones y legitimaciones con el discurso conservador revolucionario de la derecha.<sup>29</sup> Este, sin dudas, no habría podido triunfar si en los mandos militares, en particular del Ejército, no se hubieran impuesto las motivaciones de la DSN, en todo caso tan afines con el decisionismo derechista.

Lo anterior por supuesto, no implica sostener que el golpe del 11 de septiembre fuera posible en razón de la mera imposición de una doctrina por sobre otra al interior de los institutos armados. Tal cambio doctrinario, —que en efecto se produjo—, constituyó más bien la expresión ideológica del desenlace de las soterradas pugnas al interior de los militares. Es decir, en particular representó el desenlace entre, por un lado, aquellos mandos que ante la agudiza-

ción de la crisis nacional en curso, terminaron por alinearse con la oposición y específicamente con la lógica de la derecha decisionista, y, por el otro, la estrecha cúpula militar que postulaba el acatamiento al orden jurídico formal, ya en todo caso deslegitimado por el curso de los acontecimientos. Los primeros, en fin, racionalizaron su decisión política en gran medida en base a argumentos relativos a la seguridad nacional.

#### 5.LA HERMENÉUTICA DE LA DERECHA POST 11 DE SEPTIEMBRE

La posición que adoptó la derecha frente al golpe del 11 de septiembre fue rigurosamente consecuente con su ideología conservadora revolucionaria. Sostuvo que el gobierno de la UP había sido la culminación de un largo proceso de decadencia nacional que se habría venido produciendo desde comienzos de siglo, consistente en el desarraigo del principio de autoridad, lo que habría permitido la irrupción de la politiquería y la demagogia, estimulando así la emergencia de los estratos subalternos de la sociedad. Este proceso de decadencia fue, según la visión de la derecha, extraordinariamente acentuado con el apareamiento de la DC y su gobierno, el que no habría hecho otra cosa que «pavimentarle el camino al comunismo» a través de su constante apelación al pueblo y sus promesas de corte demagógico.

El gobierno de la UP, pues, habría constituido el remate lógico de ese proceso de disolución de la nacionalidad, el que de no haber sido interrumpido por los milita-

res, habría dado paso al sometimiento del país a una potencia extranjera, como era la URSS, de la cual el PC, partido eje del gobierno, sería un mero satélite.<sup>30</sup>

En esta situación, a los militares — según el PN— les habría correspondido la responsabilidad de poner los fundamentos de una nueva institucionalidad.<sup>31</sup> Esta debería basarse en un poder fuerte e inmune a la demagogia, la politiquería y la infiltración del comunismo internacional, todos factores de decadencia y descomposición del país. Por lo mismo, la intervención militar no podía constituir un paréntesis transitorio, sino que debería tener un carácter refundacional. De allí que tampoco podía dar lugar a una restauración de la vieja institucionalidad democrática, pues ella había sido en medida fundamental, la causante de la crisis y una expresión de la decadencia nacional al permitir y estimular las prácticas demagógicas y politiqueras.

## 6. LA HERMENÉUTICA DE LA JUNTA DE GOBIERNO

La dictadura militar asumió a plenitud la hermenéutica de la derecha. Es decir, se situó dentro de los marcos del conservadurismo revolucionario. Tal cosa quedó de manifiesto a través de la Declaración de Principios que emitiera la Junta de Gobierno en marzo de 1974.<sup>32</sup> En ese documento la legitimación del golpe de Estado fue exactamente la que había hecho aquella.

Al respecto la Declaración sostiene que «debido a la larga erosión provocada en nuestro país por muchos años de dema-

gogia, y a la destrucción sistemática que desde 1970 el marxismo acentuara sobre todos los aspectos de la vida nacional, las Fuerzas Armadas y de orden de Chile, en cumplimiento con su doctrina clásica y de sus deberes para con la subsistencia de la nacionalidad, tuvieron que asumir el 11 de septiembre la plenitud del poder político».<sup>33</sup>

Como puede verse, aquí subyace la temática de la decadencia y de la desintegración nacional. No a otra cosa aluden las referencias a la larga «erosión» provocada en el país por la demagogia, erosión que culminaría con la acción del marxismo, todo lo que, en fin, habría obligado a las FFAA a intervenir tomando «la plenitud del poder político» para hacer posible la «subsistencia de la nacionalidad» amenazada.

También en plena coherencia con la hermenéutica de la derecha, la Declaración de Principios asumió que había que implementar un proyecto refundacional de país, que rompiera con el pasado reciente. «El actual Gobierno —sostuvo la Declaración— ha sido categórico para declarar que no pretende limitarse a ser un gobierno de mera administración, que signifique un paréntesis entre dos gobiernos partidistas similares o, en otras palabras que no se trata de una «tregua» de reordenamiento para devolver el poder a los mismos políticos que tanta responsabilidad tuvieron, por acción u omisión, en la virtual destrucción del país. El gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden aspira a iniciar una nueva etapa en el destino nacional, abriendo paso a nuevas generaciones de chilenos formados en una escuela de sanos hábitos cívicos».<sup>34</sup>

La referencia a los políticos «que tanta responsabilidad tuvieron, por acción u omisión, en la destrucción del país, iba obviamente dirigida en lo principal al PDC y quizás en particular al propio Eduardo Frei Montalva, cuyo gobierno había sido reiteradamente acusado por la derecha de «pavimentarle el camino al comunismo».

### 7. IDEOLOGISMO Y DISCURSO HISTORIOGRÁFICO CONSERVADOR

Con posterioridad a 1973 el discurso político de la derecha, que como hemos visto constituye una adecuación de esquemas teóricos e ideológicos propios del decisionismo europeo, terminó transformándose en discurso historiográfico.

Según éste, se habría producido el curioso hecho de que el proceso histórico chileno habría materializado a plenitud un esquema teórico elaborado a priori. Es decir, habría cumplido las fases previstas por los autores conservadores revolucionarios que escribieron en otras latitudes con muchos decenios de antelación sin siquiera tener en mente nuestra realidad.

Dicho de otra forma, en Chile se habría materializado cabalmente lo que dichos autores profetizaron para la situación europea, a saber, la existencia de una especie de sucesión entre: a) un apogeo (que en nuestro caso correspondería al régimen portaleano); b) que es seguido de una decadencia ligada a la negación de las identidades nacionales por la vía de la irrupción de la democracia liberal con sus correspondientes prácticas demagógicas que

posibilitan ( o son consecuencia) de la irrupción de los estratos subalternos de la sociedad; c) lo que conduciría a la anarquía y a la disolución nacional; y d) lo que obligaría a una decisión salvadora que restauraría el paraíso perdido mediante regímenes autoritarios protagonizados por las FFAA.

En la apologética de la derecha y de los militares en buena medida se intenta dar un apoyo factual a tal esquema interpretativo acudiendo a los fenómenos de crisis política, económica y desgobierno generado durante la UP. Ellos, entre otros, constituirían la evidencia del proceso de desintegración nacional postulado por la ortodoxia del conservadurismo revolucionario.

Lo que, sin embargo, tal ortodoxia no se plantea es la pregunta sobre la medida en que esa situación de ingobernabilidad y crisis, con sus correspondientes miedos hábilmente manipulados, fue inducida deliberadamente por la misma derecha y sus apoyos sociales con el fin de generar una profecía autocumplida.<sup>35</sup> Porque precisamente esta es, a mi juicio, la cuestión de fondo: la de la construcción del caos para los efectos de llamar a los salvadores, disponiendo de una racionalización simple y clara. Adecuada al consumo común. Y también al de las mentalidades militares, no siempre habituadas a las sutilezas y complejidades de la política y más bien aptas para pensar en términos de un bien y un mal absolutos, y a resolver la pugna entre ellos mediante el recurso de la fuerza.



### III. LA PERVIVENCIA DEL CARÁCTER CONSERVADOR REVOLUCIONARIO DE LA DERECHA POST 1973

#### 1. DE LA ABDICACIÓN EN LOS MILITARES A LA REORGANIZACIÓN PARTIDISTA

8. Como es sabido, luego del 11 de septiembre de 1973 la derecha disolvió su organización partidista y abdicó en las FFAA la misión de reedificar el orden político, económico y social. En favor de esta misión refundadora colocó a disposición de los uniformados sus ideólogos y cuadros técnicos. Al mismo tiempo, dejó a los militares la tarea de hacer el trabajo sucio consistente en disolver mediante la violencia extrema desde el Estado, a los sujetos mesocráticos y populares. Esos fueron precisamente los tiempos de gloria de la DINA y del general Manuel Contreras.

En el intertanto, el conjunto del aparato estatal fue reestructurado estableciéndose el tutelaje de las FFAA sobre el régimen político a través de distintos mecanismos, cuestión que, sin embargo, encontró su remate jurídico más globalizador en la fórmula de «garantes de la institucionalidad» que la Constitución de 1980 otorgó a los uniformados.

Durante los ochenta, en todo caso, se produjeron modificaciones significativas en la situación del país que obligaron a la derecha a reasumir su organización partidista, poniendo fin en medida considerable a la abdicación que en 1973 había hecho en tal sentido en beneficio de las FFAA.<sup>36</sup> ¿Qué fue lo que condujo a este cambio? Básicamente fue la insuficiencia que, a partir de las protestas nacionales, empezó a

demostrar la dictadura militar para consolidar el proyecto neoliberal implantado durante los años anteriores. En tal cuadro, para superar esa falencia se requirió reutilizar los recursos de la política. Por tanto, fue necesario reasumir las prácticas de la negociación y el acuerdo, en este caso, con la clase política de centro izquierda. A condición, por cierto, que esta controlara y disolviera la desestabilizante movilización social en curso.

De tal modo, el gran paso de la derecha reorganizada partidistamente desde mediados de los ochenta consistió en una operación mayor consistente en cooptar a la dirigencia opositora dándole la posibilidad de que, produciéndose un repliegue de los militares, pudiera participar de la administración del modelo neoliberal, lo cual sería sometido al concurso de las urnas, dando paso en función de ello a una especie de competencia, precisamente con la renacida organización partidaria de la derecha. Esta, en todo caso, finalmente no logró una expresión única y se bifurcó en dos partidos, la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN).

El proceso descrito, sin dudas, implicaba abrir el régimen político. Pero no suponía la aceptación de un eventual cuestionamiento del modelo neoliberal en cuanto tal ni poner en duda el lugar de residencia del poder real. Elementos claves del aparato del Estado, reestructurado autoritariamente, garantizarían que ello no sucediera.

En tal sentido a la Constitución de 1980 le cupo un rol fundamental. En efec-

to, la esencia de este cuerpo jurídico radica en que, a través de distintos mecanismos, sancionó un orden político institucional no estructurado en torno a un concepto operante de soberanía ciudadana, garantizando así que el poder real se mantuviera en manos de una minoría neooligárquica sin sujeción a los vaivenes electorales.<sup>37</sup> El juego político, de tal modo, no debería alterar el balance de poder, sin perjuicio del recambio de las figuras que aparecieran encabezando formalmente las instituciones.

Desde tal óptica se podría quizás afirmar que la Carta de 1980 ha constituido la gran obra del pensamiento conservador revolucionario chileno. No puede ser, en efecto, soslayada, su notable capacidad para salvaguardar el poder del bloque histórico dominante, cerrando toda opción de cambio, al tiempo que metamorfosea esta facticidad mediante cierta retórica formalmente democrática.

Tal fue el contexto dentro del cual la derecha reorganizada partidariamente volvió a asumir en su discurso la temática de la democracia, lo que aparentemente implicaba desechar sus concepciones conservadoras revolucionarias. Sin embargo, por las razones arriba señaladas, el concepto de democracia que retomó no era el liberal, sino el de la democracia protegida. Ese y no otro era el punto que precisamente se decidía en la discusión sobre la mantención o eliminación de los llamados «enclaves autoritarios» de la Constitución del ochenta.

Es cierto que un sector derechista, bajo el liderato de Andrés Allamand, se in-

clinó por una vacilante y nunca del todo decidida evolución hacia el liberalismo. Pero no es menos cierto que finalmente no encontró acogida en el sector y se frustró. La derecha seguiría siendo conservadora revolucionaria.

## 2. LA RETÓRICA DEMOCRÁTICA Y LA ADHESIÓN A UNA «DEMOCRACIA PROTEGIDA»

Los gobiernos de la Concertación, que resultaron de los procesos descritos, ingenuamente se autopresentaron como expresión de una transición a la democracia. Pero en razón de lo arriba señalado, constituyeron más bien una forma de consolidar el modelo neoliberal mediante una democracia protegida en la cual el poder efectivo residía en otro lugar. «Ejercicios de enlace», «boinazos» y otros análogos, constituyeron formas sui generis usadas por los poderes fácticos para recordar a la clase política concertacionista donde residía el poder real. Esta, por su parte, siempre tomó debida nota de tales recordatorios y supo acatarlos sin plantearse mayores problemas de conciencia ni considerarse afectada en su dignidad.

Pero el acontecimiento que puso más en evidencia que el país no había cambiado tanto como se creía en relación al período de la dictadura militar fue el llamado «caso Pinochet», verificado en torno a la detención del General en Londres en octubre de 1998. Este hecho tuvo una doble virtud, a saber, evidenciar que: 1) la derecha era tan conservadora revolucionaria y militarista como en 1973; y 2) que el gobierno

civil carecía de autoridad y autonomía significativa frente a los poderes fácticos.

Una vez más, en efecto, se puso de manifiesto que no existía una derecha civilista en la medida que los prohombres del sector, —al igual como lo hiciera el gran empresariado—, se reagruparon en bloque en torno al general Pinochet. Y ello a pesar de que hacía tiempo era evidente que las más extremas violaciones a los derechos humanos verificadas durante la dictadura no podían ser endosadas a subalternos, como desde Punta Peuco lo dejara ver Manuel Contreras, quien sostuviera que todas las operaciones de la DINA siempre fueron supervisadas personalmente por el mismo Pinochet.<sup>38</sup>

Junto con ese reagrupamiento, la derecha, en un estado psicológico frenético, desempolvó del todo su discurso decisionista, con su correspondiente dualidad entre el bien y el mal absolutos. A su juicio era la nación —personificada en Pinochet— la que enfrentaba una conspiración extranjera dirigida en contra de su soberanía. Esa conspiración, además, habría sido montada desde el interior, en particular por el Partido Socialista, el que así evidenciaría su carácter contrario a la nacionalidad. Dentro de esta lógica, el corolario del discurso de la derecha era simple y directo: no empeñarse en la liberación de Pinochet equivalía a estar en contra de la patria y a alinearse en la conspiración antichilena.

Bajo estos conceptos se desarrolló cierta violencia callejera que sólo amainó cuando los líderes derechistas se percataron

que ello podía traer efectos perniciosos para el General en los alegatos de Londres.

Pero hubo más. Sobre quinientas amenazas de muerte se cernieron sobre distintas personalidades de la cultura, activistas de Derechos Humanos, individuos vinculados a España, etc. Una movilización de mujeres, encabezadas por la cantante Patricia Maldonado, —la misma que declarara en televisión que ahora el pueblo tenía armas (sic) y que, por lo mismo, si no se liberaba pronto a Pinochet, habría muertes—, entregó una carta a la Comandancia del Ejército solicitando expresamente un nuevo golpe de Estado. Simultáneamente «Patria y Libertad» se declaró en reorganización, afirmando que recrearía sus milicias. Mientras que en una misa celebrada en la parroquia castrense de Los Leones, donde acudieran políticos de derecha y militares a rogar por Pinochet, unas autodenominadas «Juventudes ultranacionalistas de Chile» lanzaban panfletos en los que se proclamaba: «Dar muerte a los comunistas y socialistas y extranjeros colonialistas partícipes de la máquina marxista. La guerra comenzó».

En un tono no menos amenazante, los parlamentarios de la UDI Larraín y Coloma advertían: «es probable que durante los cinco o seis meses que puede durar el proceso (de Pinochet) el país se desestabilice, permitiendo la actuación de grupos extremistas». En tanto que el General (R) Garín declaraba a «El Mercurio»: «si no liberan a Mi General puede ocurrir cualquier cosa». Y así sucesivamente.

En el intertanto, ex ministros, ex al-

tos funcionarios pinochetistas, parlamentarios y dirigentes de la UDI y RN, junto a los más poderosos empresarios, peregrinaban por Londres, haciendo lobby o animando al cautivo. Sin perjuicio de ello, no dudaron en acusar de traición de lesa patria a los pocos parlamentarios socialistas que por una vez se atrevieron a asomarse por la capital británica. También exigieron al gobierno que disciplinara a sus partidarios y evitara que tales visitas se repitieran. Obviamente, tales exigencias fueron puntualmente cumplidas.

Se puede sostener, en fin, que la incondicional adhesión de la derecha a Pinochet constituyó una nueva y clara manifestación de la voluntad histórica de este sector de cobijarse tras los militares. Tal cosa es, hasta cierto punto, el resultado de un trauma, del miedo a ser nuevamente afectada en sus intereses por una eventual voluntad nacional mayoritaria que le fuese adversa. Por tanto, el «caso Pinochet», sin duda, fue un episodio más que volvió a cimentar la alianza estratégica constituida desde 1973 en adelante entre los detentatarios del poder real, es decir, la derecha, los militares y el gran empresariado. Pero al mismo tiempo constituyó una nueva oportunidad para evidenciar la insondable profundidad del abismo que cruza al país.

La otra cuestión que quedó en evidencia mediante «el caso Pinochet» fue, —como se dijo arriba—, que el gobierno concertacionista carecía de una autonomía significativa frente a los poderes reales y al conjunto de sistemas de amarre constitucionales.<sup>39</sup> El Ejecutivo, quizás perfectamente consciente de ello, bajo el pretexto

de reivindicar la soberanía nacional, terminó transformándose en el principal defensor del General, haciéndose partícipe en los alegatos de Londres. En previas reuniones del Consejo de Seguridad Nacional los mandos castrenses habían rayado la cancha, exigiendo al régimen voluntad y efectividad para traer pronto de vuelta a Pinochet. El gobierno concertacionista dio plena satisfacción a tales demandas. En el fondo una vez más consideró que no cabía sino embarcarse en una especie de «Realpolitik». De tal modo, al filo del fin de siglo, los velos sobre «la transición más exitosa y ejemplar del continente» volvían a caer.

### 3. ¿DESDE LA RETÓRICA DEMOCRÁTICA HACIA UNA EVENTUAL RENUNCIA AL CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO?

Sin perjuicio de lo dicho arriba, al acercarse el 2000 se ha ido configurando una realidad dentro de la cual el conservadurismo revolucionario empieza a perder su razón de ser para la derecha. Y algunos de sus representantes más lúcidos comienzan a percibirlo con claridad.

Al respecto, antes que nada cabe señalar el cambio del escenario mundial. Con la caída del muro de Berlín y el desplome de la URSS, se dio lugar al fin de la Guerra Fría, consagrándose de paso el triunfo del capitalismo a nivel planetario. Estos hechos son de la mayor relevancia si se considera que el conservadurismo revolucionario había llegado a ser funcional precisamente a un escenario internacional (y nacional) signado por el enfrentamiento entre capi-

talismo y socialismo. En este contexto, el nuevo nivel de globalización que advino con el fin de la Guerra Fría, —no sólo en la economía, sino también en la política, la ideología y la cultura—, hace que el conservadurismo revolucionario se haga cada vez más disonante en el plano internacional. Esto se traduce en que las fuerzas que lo profesan no puedan empatizar adecuadamente con las grandes corrientes políticas mundiales, que son precisamente las que gobiernan en las principales potencias de occidente. La derecha chilena, antes o después, no podrá dejar de tomar en consideración este factor.

A lo anterior, en el plano nacional, agréguese la inexistencia de fuerzas sociales y políticas significativas contrarias no sólo al capitalismo, sino también al modelo económico neoliberal. En este sentido, la metamorfosis del Partido Socialista, la jibarización de la izquierda radical, la fragmentación y desideologización del mundo laboral, la despolitización de la ciudadanía y la imposición de una cultura individualista y consumista en ella, son todos elementos que hacen caducar los esquemas reactivos anteriores de la derecha. Dicho de otra forma, desapareció el «peligro» contra el cual el conservadurismo revolucionario reaccionaba, lo que hasta cierto punto le hace perder su objeto y razón de ser.

Pero hay una tercera razón que coadyuva a lo ya dicho. Se trata de la lógica política que se abrió con la llamada «transición». Como se señaló arriba, a esta le es inherente cierta competencia entre los partidos de la Concertación y de la dere-

cha por la administración del proyecto neoliberal. Y ello supone disponer de apoyo electoral por parte de cada contendiente. En tal sentido, si la clase política de la derecha quiere administrar directamente su proyecto, requiere superar su tercio electoral histórico y abrirse hacia un electorado más amplio. Y eso no es posible adhiriendo al conservadurismo revolucionario.

Tal situación es la que de algún modo ha captado el candidato presidencial del sector, Joaquín Lavín, quien ha terminado por asumir una especie de populismo sui géneris. Eso explica también las pretensiones de ciertos líderes de la derecha que postulan la necesidad de disputarle el electorado al centro, lo que supone sedicentes definiciones ideológicas diversas al conservadurismo revolucionario, e incluso, condenas tardías a las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura militar y disposición para abolir los enclaves autoritarios. Desplazarse hacia el centro, definirse como una fuerza popular cristiana, son las tentaciones que en ciertas cúpulas de Renovación Nacional y la UDI, respectivamente, se empiezan a abrir paso, aunque lentamente.

Sin embargo, por el momento sigue predominando en el grueso de la derecha el peso de la noche, es decir, los temores y hábitos del pasado, que el conservadurismo revolucionario expresa tan bien. En razón de ello, éste no ha sido superado. Sigue predominando. Pero como hemos visto, hay situaciones objetivas que permiten pensar en probables reacomodos y redefiniciones, en todo caso de ningún

modo rápidas, fáciles ni unánimes. Reacomodos probables que operarían, por cierto, sólo si las tendencias reseñadas arriba se mantienen.

Tales probabilidades hay que evaluarlas, por último, teniendo siempre en consideración el hecho de que para la de-

recha la adhesión a ideologías y sistemas políticos es meramente instrumental y depende de si, en cada coyuntura histórica, unas y otros le sirven a los efectos de mantenerse en el poder y defender los intereses que representa.

### NOTAS

- 1 Este trabajo forma parte de una recopilación de ensayos titulada "Chile : la segunda mitad del Siglo XX". De allí que en un par de casos el tema no se desarrolle del todo y se remita a algún ensayo precedente.
- 2 Carl Schmitt, *«Teología y Política»*. Ed. Struhart & Cía., B. Aires, p.43-44.
- 3 Carl Schmitt, *Op. Cit.*, p. 48-49.
- 4 Carl Schmitt, *Op. Cit.*, p. 126.
- 5 Carl Schmitt, *Op. Cit.*, p. 126.
- 6 Juan Donoso Cortés, *«Escritos Políticos»*, Ediciones RIALP, Madrid, 1954, p.156
- 7 Juan Donoso Cortés, *«Escritos Políticos»*, Ed. RIALP, Madrid, 1954. Pág.155
- 8 José Primo de Rivera, en *«El Pensamiento de José Antonio»*, Introducción y sistematización de textos por Agustín del Río Cisneros. Ediciones del Movimiento, Madrid, 1971, p.68.
- 9 José Antonio Primo de Rivera, *Op. Cit.*, p.204
- 10 Ramiro de Maeztu, *«Defensa de la Hispanidad»*, Ed. Gabriela Mistral, Santiago, 1975, p. 145.
- 11 Oswald Spengler, *«Años de Decisión»*, Ed. Ercilla. Santiago, 1937, p.36
- 12 Oswald Spengler, *Op. Cit.* p. 93
- 13 Oswald Spengler, *Op. Cit.*, p.107
- 14 Oswald Spengler, *Op. Cit.*, p.118
- 15 Oswald Spengler, *Op. Cit.*, p.172
- 16 Oswald Spengler, *Op. Cit.*, p.174
- 17 Dado el carácter preliminar de este artículo, aquí destaco sólo algunas de las expresiones del pensamiento conservador revolucionario en Chile.
- 18 Alberto Edwards, *La Fronda Aristocrática*, Ed. Universitaria, Santiago, 1982, p. 278.
- 19 Jorge Prat, recopilación de artículos de «Estanquero» en *«Pensamiento Nacionalista»*, Ed. Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p. 225.
- 20 Jorge Prat, recopilación citada en *Op. Cit.*, p. 225.
- 21 Jorge Prat, recopilación citada en *Op. Cit.*, p. 232.
- 22 Jorge Prat, recopilación citada, *Op. Cit.*, p. 217 y 218.
- 23 A lo dicho agréguese las diferencias, entre otras, con la derecha liberal la que, obviamente, no se enmarca dentro del concepto de decisionismo, situándose en una lógica totalmente distinta a la de éste.
- 24 Véase, *«La Preparación Intelectual de la dictadura militar por la derecha durante los sesenta»*, en la primera parte de la presente recopilación.
- 25 Véase, *«Los Partidos políticos durante el gobierno de Salvador Allende. Un Intento introductorio de periodificación»*, en la segunda parte de la presente recopilación.

- 26 Véase «El Mercurio», 14 de diciembre de 1972, p.25.
- 27 Con lo señalado, obviamente, no pretendo desconocer el hecho de que antes de la recepción de la DSN por las FFAA ya existían en su seno, sea como corrientes soterradas, sea en el plano institucional mismo, un pensamiento y una actitud contraria a la izquierda en general, al movimiento sindical y, en casos particulares, facciones específicas opuestas a la propia democracia liberal desde un nacionalismo autoritario extremo. Al respecto, entre otros, véase Verónica Valdivia, «El Nacionalismo Chileno en los años de Frente Popular (1938-1952)», Serie de Investigaciones, N° 3, Universidad Blas Cañas, y Patricio Quiroga, «El Prusianismo en las Fuerzas Armadas».
- 28 Sobre esta materia las «Memorias» del General Carlos Prats proporcionan abundante información. Ed Pehuén, Santiago, 1987. También, Luis Corvalán Marquéz, «Gradualistas y Rupturistas. Los Partidos Políticos durante el gobierno del Presidente Salvador Allende». Tesis de magister, USACH, 1995, en particular el capítulo VIII.
- 29 Resulta paradigmático al respecto el texto del General Pinochet, «Visión Futura de Chile», con cuya lectura fuera inaugurado el año académico de la U. de Chile en abril de 1979. El texto fue editado ese año por la División Nacional de Comunicación Social.
- 30 Al respecto, véase la declaración del PN del 14 de septiembre de 1973.
- 31 Véase la citada declaración del PN del 14 de septiembre de 1973.
- 32 Véase, «Declaración de Principios del Gobierno de Chile», Ed. Gabriela Mistral, Santiago, 1974.
- 33 Op. Cit., p.28
- 34 Op. Cit., p.29
- 35 La exitosa y refinada construcción artificial del miedo por parte de la derecha - incluso al interior de los propios militares- fue sin dudas un punto clave en el desenlace del 11 de septiembre. Sin perjuicio que ella terminara creyéndose los fantasmas que creara y, por tanto, asumiera en carne propia los miedos que intentaba inducir en la población. En otra parte señalo que a tal siembra de temores fueron muy funcionales las rigideces de cierto ideologismo de la izquierda de la época, en particular el de su sector rupturista.
- 36 Este viraje se comprende adicionalmente si se tiene en cuenta que la derecha nunca consideró a la dictadura como un régimen político definitivo. Por el contrario, siempre la visualizó bajo una óptica más bien instrumental. Porque, en general, la relación entre la derecha y la política tiene tal caracter. Un régimen político concita su apoyo en la medida que sirve a los efectos de mantener y cimentar su poder y el de las fuerzas sociales con las que aparece orgánicamente vinculada.
- 37 Para un análisis detallado de los mecanismos de los que se vale la Constitución de 1980 para dejar sin efecto la soberanía ciudadana, véase Jorge Vergara, «La Jaula de Hierro. La Democracia Tutelada en Chile.» (Texto de la charla ofrecida a un grupo de doctorandos de la Universidad Libre de Berlín en la Universidad Bolivariana, en Santiago de Chile, 9 de marzo de 1999).
- 38 Sobre la exposición que respecto de esta materia hiciera el General Manuel Contreras, véase «Tránsición y Democracia. Operativo Condor. Terrorismo y Genocidio. Juzgado N° 5-Audiencia

*Nacional. Madrid. España 1988», editado por FASIC, Colección Documentos, Santiago de Chile, enero de 1999, p. 230.*

39 La interrogante que ante este hecho se plantea es la siguiente: ¿por qué la Concertación durante sus diez años de gobierno no utilizó los recursos limitados que poseía para generar una opinión pública o una voluntad nacional mayoritaria y activa que presionara en favor de un cambio del marco jurídico y político constituido

*por la Constitución de 1980? ¿Cómo no pensar que una hipótesis plausible en este sentido la constituye el hecho de que el bloque concertacionista decidió privilegiar sus intereses corporativos, derivados de su participación en la administración del Estado? Es muy posible, efectivamente, que tales intereses habrían sido eventualmente amenazados por los riesgos derivados de su posible cuestionamiento del régimen cívico militar en curso.*



# INDICE

<b>TRANSICIÓN Y DREMOCRACIA</b>	5
<b>EL LARGO VERANO DEL 2001</b>	6
Manuel Riesco	
<b>PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA SOCIOLOGÍA DEL AUTORITARISMO. (LOS ENCLAVES AUTORITARIOS Y LOS LÍMITES DE LO POLÍTICO)</b>	22
Mauro Salazar	
<b>LA DEMOCRACIA CHILENA: CUATRO TESIS</b>	44
Grinor Rojo	
<b>LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE 1980 Y EL DERECHO A LA JUSTICIA</b>	50
Alfonso Insunza	
<b>REFLEXIÓN HISTÓRICA</b>	55
<b>LA DERECHA COMO CONSERVADORA REVOLUCIONARIA</b>	56
Luis Corvalán Márquez	
<b>RELEYENDO A SALVADOR ALLENDE</b>	80
Jaime Massardo	
<b>ECONOMÍA Y SOCIEDAD</b>	91
<b>ESTADOS UNIDOS EN RECESIÓN</b>	92
Hugo Fazio	
<b>EL FORO SOCIAL MUNDIAL DE PORTO ALEGRE: LA FUERZA DE ESTAR JUNTOS</b>	112
Marta Harnecker	
<b>DERECHOS HUMANOS Y MEMORIA</b>	119
<b>LA IMAGINACIÓN HERIDA</b>	120
Josefa Ruiz-Tagle	
<b>EL REGRESO DE HORACIO CEPEDA. EL ÚLTIMO GESTO DE AMOR PARA SU FAMILIA Y SU PATRIA</b>	128
Antonia Cepeda Antoine	
<b>SALVADOR ALLENDE</b>	132
José Bono	
<b>CARTA DE UN ACADÉMICO</b>	134
Felipe Agüero	
<b>LAS COSAS POR SU NOMBRE</b>	136
Carlos Molina	

# ENCUENTRO

## COMITE DE REDACCION

CLODOMIRO ALMEYDA †  
JORGE ARRATE  
MANUEL CABIESES  
JAIME CAVADA  
JACQUES CHONCHOL  
HUGO FAZIO  
MANUEL GAHONA  
CARMEN HERTZ  
TOMAS HIRSH  
NELSON GUTIERREZ

CAROLINA ROSSETI  
JAIME INZUNZA  
SARA LARRAIN  
TOMAS MOULIAN  
RAQUEL OLEA  
KEMY OYARZUN  
MARISOL PRADO  
FRANCISCO RIVAS  
JOSE SANFUENTES  
SOLEDAD BIANCHI

## DIRECTOR

MANUEL RIESCO

## EDITORES

MARIA E. HORVITZ  
CARLOS ZUÑIGA

## CO-EDITORES

PATRICIO QUIROGA  
CARLOS MOLINA

PATRICIO RIVAS

## PRODUCTOR GENERAL

CARLOS GUTIERREZ

## GERENTE

HARRY ABRAHAMS

## COMITE EDITORIAL INTERNACIONAL

ROBIN BLACKBURN  
ERIC HOBSBAWM  
ATILIO BORON  
JULIO CARRANZA  
ELVIRA CONCEIROS  
OSVALDO FERNANDEZ  
RINA GIGLIARDI  
PABLO GONZALEZ CASANOVA  
MARTA HARNECKER  
NARCISO ISA CONDE  
ROBERTO KOHANOF  
MICHAEL LOWY  
RUY MAURICIO MARINI †  
ARNOLDO MARTINEZ  
ANTONIO MELIS  
MANUEL MONEREO  
PHILIP OXHORN  
ANIBAL QUIJANO  
ADAM SCHESCH  
EMIR SADER  
GÖRAN THERBORN  
JUAN VALDES

REINO UNIDO  
REINO UNIDO  
ARGENTINA  
CUBA  
MEXICO  
FRANCIA  
ITALIA  
MEXICO  
CUBA  
REP. DOMINICANA  
ARGENTINA  
FRANCIA  
BRASIL  
MEXICO  
ITALIA  
ESPAÑA  
CANADA  
PERU  
ESTADOS UNIDOS  
BRASIL  
SUECIA  
CUBA

## DIRECCION

CASILLA 246-12 Santiago - Fono: 277 5555  
Sitio web: <http://www.geocities.com/~encuentroxxi>

## FOTO PORTADA

Jorge Ramos

## CONSEJO EDITORIAL

TATIANA AGUAYO	JACQUES CHONCHOL	HUGO GUTIERREZ	CARLOS MARGOTTA	CECILIA OTEIZA	ANTONIO ROMAN
CLODOMIRO ALMEYDA	SERGE DE LA FUENTE	NELSON GUTIERREZ	ALBERTO MARTINEZ	CECILIA OSTORNOL	ISABEL ROPERT
RAUL ALVAREZ	CARLOS DONOSO	NELIDA HERESI	ENRIQUE MARTINI	FERNANDO OSTORNOL	PEDRO SADA
ROBERTO BAEZA	HECTOR DUQUE	JAIME HERRERA	JORGE MARTINEZ	MARCIA OSTORNOL	ANGEL SALAS
DANILO BAHAMONDES	JAIME DURAN	CARMEN HERTZ	MARIO MATUS	ROBERTO OYARZO	ALICIA SALOMONE
PASCUALA BARRAZA	GALO EIDESLSTEIN	TOMAS HIRCSH	RAMON MENESES	KEMY OYARZUN	JOSE SANFUENTES
ANA BARRENECHEA	GLORIA ELGUETA	MARIA E. HORVITZ	ORIEL MICHELLE	ALVARO PALACIOS	MARCELA SANTIS
ADIL BERCOVICH	RAUL ESPINOZA	JAIME INZUNZA	VIVIANA MIRANDA	PATRICIO PALMA	JACOBO SCHATAN
ALICIA BASSO	FAUD FARAH	RODRIGO INZUNZA	HECTOR MIRANDA	JUAN PALOMO	NISSIN SHARIM
RICARDO BRAVO	HUGO FAZIO	MARIO INZUNZA	VICTOR HUGO	CELSA PARRAU	VICENTE SOTA
JUAN BUSTOS	JOSE FERES	ISABEL JARA	MIRANDA	MARTIN PASCUAL	PAULINA SOTO
LILIANA CASTILLO	HECTOR FERNANDEZ	LEONARDO JEFFS	CARLOS MOLINA	JORGE PAVEZ	DANIEL TROMBEN
MANUEL CABIESES	ROSITA FERRADA	SERGIO JIRON	RAFAEL MOLINA	TADEO PAVISICH	JOSE MIGUEL VARAS
ALBERTO CARVAJAL	GUILLERMO FERNANDEZ	JOSE JORQUERA	TIRSO MOLINA	CARLOS PEREZ	JAIME VALDES
JAIME CAVADA	AIDA FIGUEROA	GASPAR KUSAR	GUILLERMO	FRANCISCA PEREZ	ANDRES VARELA
MANUEL CANTERO	CLAUDIO FONSECA	HECTOR KOYCK	MONTECINOS	RAMON PEREZ	ANGELICA VEGA
MARFA CERNA	CLAUDIO FRIEDMAN	EDUARDO LABARCA	JUAN PABLO MORENO	BRUNO PEZZUTO	PABLO VEGA
CLAUDIA CESPEDES	FRANKLIN FRIEDMAN	JUAN LASEN	TOMAS MOULIAN	PATRICIO QUIROGA	LAUTARO VIDELA
PATRICIO CID	TITA FRIEDMAN	MIGUEL LAWNER	VICENTE MUÑOZ	MARIANO REQUENA	HUGO VILLAR
CECILIA COLL	MANUEL GAHONA	ALEX LEIVA	MARIO NAVARRETE	MANUEL RIESCO	ALEX VOJKOVIC
MIRIA CONTRERAS	JORGE GAJARDO	BEATRIZ LIZANA	RAQUEL OLEA	NORA RIESENBERG	ALEJANDRO YAÑEZ
LUIS CORVALAN M.	TRISTAN GALVEZ	ANA LOBOS	ESTELA ORTIZ	EDITH RIVAS	AMERICA ZORRILLA
PATRICIO CHACON	SERGIO GONZALEZ	MANUEL LOYOLA	CARLOS OSSA	FRANCISCO RIVAS	RENE ZORRILLA
SERGIO CHAVEZ	CARLOS GUTIERREZ	DAVID MAC CONELL	VICTOR OSORIO	PATRICIO RIVAS	CARLOS ZUÑIGA

# SUSCRÍBASE A ENCUENTRO XXI

Llene el siguiente formulario, para ser suscrito a la revista Encuentro XXI, por favor espere 8 a 9 semanas para que le llegue el primer número. Sírvese a mandar un cheque a nombre de Harry Abrahams (Casilla 246-12 Santiago, Chile).

## PRECIOS

Item	En Chile	Fuera de Chile
Simple	\$15.000 pesos	US\$60 dolares
Cada Regalo	\$12.000 pesos	US\$55 dolares

## SUSCRIBASE A ENCUENTRO XXI

Nombre: \_\_\_\_\_ Apellido: \_\_\_\_\_  
Dirección: \_\_\_\_\_ Ciudad: \_\_\_\_\_  
País: \_\_\_\_\_ Código Postal: \_\_\_\_\_  
Teléfono: \_\_\_\_\_ E-Mail: \_\_\_\_\_

## DESEA REGALAR UNA SUSCRIPCION

1. Si, deseo regalar una suscripción.
2. No, no deseo regalar una suscripción.

a :

Nombre: \_\_\_\_\_ Apellido: \_\_\_\_\_  
Dirección: \_\_\_\_\_ Ciudad: \_\_\_\_\_  
País: \_\_\_\_\_ Código Postal: \_\_\_\_\_  
Teléfono: \_\_\_\_\_ E-Mail: \_\_\_\_\_

## SUSCRÍBAME !!!

ENVIAR A FAX (562) 2260917